

Según el orden prescrito en el Edicto Diocesano, el 5.^o día de la novena se hizo en el templo de Sr. S. José, el más hermoso de la Capital si exseptuamos la Iglesia matriz: yérguese en el punto más culminante de la dilatada colina en que está situada esta bella capital, sus bóvedas han resonado con las autorizadas voces de nuestros grandes Prelados, así como con las de ameritados Cura-Rectores Metropolitanos quienes siempre lo han elegido para dirigir á los fieles sus homilias evangélicas y sus doctrinas catequísticas. Está circundado de la Casa de Ejercicios y el Colegio Seminario. A los Superiores de este está encomendado el culto y el servicio religioso en esta Iglesia.

A fin de secundar las respetables recomendaciones del Prelado, se establecieron en él desde el día primero de Octubre, y se continuaron hasta el día de la Coronación, misas de hora fija, desde el alba hasta ya avanzado el día, aplicándose todas ellas con la intención de alcanzar de la Sma. Virgen María de Guadalupe, lo que ella estimara, en su amor, más conve-

niente á la Nación Mexicana. Con ese mismo objeto, en un aviso impreso que circuló, se hizo saber á los fieles que de día y noche habría allí sacerdotes dispuestos á oír las confesiones, y que continuarían prestando ese servicio hasta el día de la Coronación.

Llegó el día de la novena, y el templo mencionado fué el centro de una animación general. Desde el alba un repique á vuelo y la nutridísima salva de cohetes y disparos de armas de fuego, anunció á todos los habitantes que el día de la novena estaba en la iglesia de Sr. S. José. En el interior del Templo se cantó á grande orquesta el trisagio de la Sma. Virgen María que contestataba la incontable muchedumbre que había concurrido. Continuó una misa rezada en la que se distribuyó la Sagrada Eucaristía á más de las dos terceras partes de los fieles que llanaban el espacioso templo, comenzando por todo el Colegio Clerical y los numerosos alumnos del Seminario Tridentino, que hicieron en ese día una Comunión general. A las ocho y media de la mañana, comenzó la solemne función

religiosa con un muy crecido y selecto concurso. Se cantó misa de muy acreditado autor, y entre el numeroso personal que la desempeñaba, se oían á muchos alumnos del Seminario que llaman la atención por sus aptitudes en el arte, y que ya es un aliciente poderoso el saber que ellos han de tomar parte en el desempeño de un acto religioso. Ya todos saben distinguir por su timbre de voz al Menorista D. Refugio Bautista y á los alumnos D. Eulegio Hernández, D. Francisco Martínez, D. Alberto Barrón, D. Luis Aldaituriaga etc. Ocupó la Cátedra Sagrada el Sr. Vicerrector D. Francisco Banegas, de quien hemos hablado en otra parte de este opúsculo; y desde que se presentó y escuchamos sus primeras frases, pudimos comprender que íbamos á tener el placer de escuchar una notable producción oratoria. Así fué en efecto: tomó por plan y lo llevó á su perfecto desarrollo, el estudio de la misión providencial de la Nación Mexicana y demostró con lógica rigurosa, fundado en los mejores datos históricos, que no es otra, que la de poner á salvo la honra y la autonomía

nacional, por medio del establecimiento y perseverante ejecución del principio católico, y que éste tenía como salvaguardia el culto de la Virgen de Guadalupe. Tuvo pasajes verdaderamente patéticos que nos hacían recordar al dominicano Lacordaire en el púlpito de Ntra. Señora de París, hablando de la misión providencial de la Francia. Algunas personas quisieron recoger el sermón para publicarlo impreso; pero no pudo realizarse ese deseo, por la sencilla razón de que el autor no la había escrito.

Aunque el mencionado templo está encomendado á los superiores del Colegio Seminario, el Sr. Rector confió la Capellanía de una manera inmediata y especial, al Sr. Pbro. D. Joaquín Sáenz, Catedrático de Teología Escolástica y Hermenéutica Sagrada. Es necesario decirlo, su celo ha sido un contingente poderoso para el esplendor de estas fiestas.

Quisiéramos entrar en detallada y minuciosa descripción de las fiestas que sucesivamente fueron haciéndose en los templos del Carmen, la Compañía, la Merced y San Agustín, con motivo del

día del novenario que les correspondió en turno; más para ello sería necesario prolongar demasiado este trabajo y retardar su publicación. Y lo sentimos en el alma, porque nos vemos precisados á callar muchas cosas que estamos seguros verían con gusto é interés nuestros lectores.

¿Qué no diríamos de la simpática y elegante iglesia de la Virgen del Carmen, que es el centro de toda la Capital, y donde el culto reviste un aire festivo que hace respirar con alegría á todos los que allí concurren? Presidido por el M. R. P. Fr. Luis de la Sma. Trinidad, de modesto y suavísimo carácter, el novenario en nada cedió á los de los días precedentes.

En la Compañía, bástenos decir que todo se preparó muy anticipadamente por dos sacerdotes Jesuitas de proverbial y acreditada actividad; que la compostura interior y exterior era de esmerado gusto, y que allí se vió toda la aristocracia moreliana, como sucede en todos los actos que en él se verifican.

La iglesia de la Merced es un presioso

relicario en el que todo es de gusto; que la circunda un excelente vecindario; y tiene por capellán á un digno sacerdote, el Pbro. D. Teófanés López, primer Maestro de Ceremonias de la Iglesia Metropolitana. De ninguna fortuna, este sacerdote sostiene un colegio de caridad, de niños pobres, pertenecientes á familias decentes, todos internos y les consagra tantos desvelos que no hay más que desear. Tál fué el entusiásmo de sus funciones del novenario, que en esos momentos se nos aseguraba haber sido el mejor de los días.

La víspera del día 12, correspondió á San Agustín, centro el más poblado, de la más entusiásta, de la más piadosa porción de esta Ciudad. Nada faltó para dar vuelo á las fiestas de ese día del novenario: vísperas, maitines, Comunión, Tercia, Misa, Trisagio, Rosario, Sermones compostura, fuegos artificiales etc. Damos el más sincero parabien al M. R. P. Prior, Fr. Onofre Martínez, amado y respetado de todos, digno promovedor de las fiestas de ese día.

Llega la víspera del suspirado día 12 de Octubre de 1895. No puede darse un

paso en ningún género de asuntos, sin tomar en consideración esa gran fecha. Todo parece converger á ese día. Cada uno arregla sus labores en términos de que el día 12 puede consagrarlo á algo grande que trae entre manos y que lo preocupa altamente. Los colegios adelantan sus tareas literarias; el comercio trae varias comisiones concertando cerrar sus almacenes para ese día; en las entradas de los talleres y oficinas de artesanos se leen avisos impresos en grandes caracteres, anunciando que ese día estarán cerrados; las familias todas se ocupan en confeccionar con qué engalanar el frente de sus casas y moradas; por las calles se ven infinidad de personas conduciendo objetos de los colores, azul, blanco y rosa, que son los indicados por la comisión respectiva para que dominen en el ornato, ó mozos con escaleras comenzando á ponerlos, ó agentes en solicitud de adornos y de faroles, ú otros aparatos para iluminación; ya no se consigue en los cajones de ropa una vara de género propia para cortinas, está agotado el gran surtido hecho para esos días; se calcula por miles de gruesas,

los cohetes que se han hecho y se están haciendo para las salvas en tal extremo que se mandaron traer de los pueblos circumvecinos. Ha muchos días que las calles, y muy especialmente las de los barrios están convertidas en interminables mozaicos de luces, por los innumerables mecheros de madera resinosa, vulgo ocote, que están encendidos. No hay casita por pequeña que sea, que no esté provista del suyo.

Para las cinco de la tarde se había anunciado en el programa que un repique á vuelo, y una salva general, anunciaría á toda la ciudad, la proximidad del gran día. A esa hora, dar el repique en la Iglesia Catedral, secundarlo en todos los templos, y oirse una nutrida salva de cohetes y disparos en toda la ciudad, todo fué uno. Nadie se quedó en su casa: valcones, ventanas, puertas, todo estaba poblado; en las calles se veía un incontable gentío de todas las clases de la sociedad; músicas se colocaron en varios puntos, ó recorrían las calles de la ciudad. Pero sobre todo lo que ofrecía un espectáculo conmovedor era lo que pasaba en el es-

pacioso atrio de la catedral y en las plazas que tiene al oriente y poniente nuestra gran Basílica. ¡Tan indescriptibles eran el rogocijo y el entusiasmo, que anudaba la garganta el contemplarlos! Así se prolongó por hora y media.

Y ¿qué pasaba en el interior de los templos? Lo que hacía muchos días se ofrecía á la vista de todos: tan crecido número de fieles que solicitaban ser oídos en el santo tribunal de la penitencia para purificar su conciencia, que cada cada confesionario era el centro de cuarenta y más personas que esperaban les llegara su turno para lograr su deseo; y esto fué en casi todos los templos y casi en todas las horas del día. Ni en cuaresma, ni en las grandes solemnidades religiosas, ni en tiempos de los mayores jubileos, se vió cosa igual. Queda al secreto de aquel augusto tribunal de la misericordia divina, los grandes pecadores, que al cabo de largos años de extravío, se convirtieron á Dios, volvieron la paz á su alma y la tranquilidad y las esperanzas más risueñas á sus familias, en este día de la Madre de los mexicanos.

El gran día 12 tocaba celebrarlo á la Santa Iglesia Matriz. Oportunamente se hicieron estender sobre los muros del magestuoso templo de tres naves, las ricas colgaduras de flamante y riquísimo terciopelo guinda franjeado con anchas cintas de galón de plata, y orleadas de largo fleco del mismo metal, todo dorado á fuego. En el centro de su egregio altar se formó un trono de raso, peluche y cordones de ceda y oro, y se colocó en él la imagen de la Sma. Virgen de Guadalupe, copia fidelísima de la original, hecha por el príncipe de los pintores mexicanos, D. Miguel Cabrera. Pusieronse con tal arte dos ángeles teniendo una corona dorada, de las mismas dimensiones que la original de México, que se les veía en el aire sin sostén visible, en actitud de llenar y cumplir una misión celestial. El complemento de los adornos del altar consistía en grandes candeleros de bronce dorados, conteniendo gruesos cirios, y en pantallas doradas de magníficas proporciones. En el presbiterio se ostentaban cuatro soberbios blandones--no conocemos otros de mayor tamaño ni de